Homilía 4-26-20 Vernon  
A veces, al leer las Sagradas Escrituras, es mejor enfocarse en una o dos oraciones en lugar de tratar de entender un pasaje largo de una sola vez. El evangelio de hoy es un buen ejemplo de eso. Lucas nos dice mucho en esta lectura. Pero quiero centrarme en este pasaje: Y sucedió que, mientras estaba con ellos en la mesa, tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se los dio. Con eso sus ojos se abrieron y lo reconocieron,  
pero él desapareció de su vista.  
Lucas nos informa lo que sucedió después de la resurrección de Jesús cuando se apareció a los discípulos. Eso es bastante fácil. Pero tenga en cuenta lo que sucedió después de que bendijo el pan, lo partió y se lo dio. Solo entonces los discípulos lo reconocieron. Es muy difícil para mí ver esto como algo que no sea la Eucaristía. Cualquier erudito honesto tiene que hacer gimnasia mental para no ver esto como algo más que una referencia a la Santa Misa, la Presencia Real, el Cuerpo de Cristo, la Eucaristía. Para conducir aún más a casa, Lucas dice: Luego, los dos contaron lo que había sucedido en el camino y cómo se les dio a conocer al partir el pan.  
Si Jesús solo pudiera ser dado a conocer a los discípulos al partir el pan cuando estuvo físicamente presente, ¿cuánto más importante es para nosotros, dos mil años después, reconocer a Jesús en el partimiento del pan en la Eucaristía?  
No cometer errores. Jesús quiere dar a conocer a todos. Pero Él quiere darse a conocer en la forma en que lo ha recetado: a través de la Misa.  
Esto me lleva a la pandemia actual cuando la Eucaristía se niega a la mayoría de todos. Debería haber un cierto anhelo, un hambre que es más que un hambre física, más que una mera adicción como el alcohol o la nicotina. Debería haber un anhelo por el Cuerpo y la Sangre que está realmente más allá del poder humano para describir. Al negarnos el Cuerpo y la Sangre por causas ajenas a nuestra voluntad, tenemos la oportunidad de experimentar esta punzada, este anhelo que es más profundo que el Océano Pacífico.  
La próxima semana, si Dios quiere, las Misas volverán a una especie de normalidad. Tendremos misas en los viejos tiempos habituales con una congregación. Hay varias advertencias. El obispo pide que los asistentes a misa usen una máscara o bufanda. Además, debemos sentarnos con el distanciamiento social adecuado en las unidades familiares. Y seremos despedidos por filas a través de las tres salidas. Y saldré por la sacristía. Tenga en cuenta que estos planes son fluidos y pueden cambiar. Pero con la gracia de Dios, tal vez, solo tal vez podamos comenzar a volver a la normalidad.